

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

Después vienen procesos de construir, sostener y verificar el nunca más de alguna forma. Sabemos, por procesos históricos de nuestros países, que no se asegura de una vez y que exige trabajo continuo. A eso se le llama «dar garantías de no repetición». Y esas garantías de no repetición no tienen nada que ver con volver a ver a mis hijos si es que mis hijos definitivamente no quieren nada conmigo.

Entonces son prácticas en las que las personas que vivieron el daño están al centro y no quien ejerció el abuso. Eso subvierte una de las lógicas del abuso, que es ponerme a mí al centro con ese «no me importa lo que le pase a las personas, lo que me importa es yo», no perder mis privilegios, mirarme a mí en desmedro de las otras personas. El trabajo termina poniendo al centro a las personas que vivieron el daño. Y eso, como estamos en un territorio preferido y subversivo, también calza con que el hombre está haciendo lo preferido, está haciendo el papá que siempre quiso ser, está siendo un hombre que puede cuidar, está siendo un hombre que puede comprometerse con no generar miedo a las personas.

29. La historia de Mauricio

Quiero entrar en una historia para que los tres momentos que acabo de nombrar dejen de ser teoría y aparezcan en su textura concreta. La historia es la de Mauricio, un hombre cis de veintisiete años bien entrenado en la masculinidad hegemónica, o simplemente la masculinidad, ya que unir ambas palabras sería para mí una redundancia. Mauricio me autorizó a contar esta historia con seudónimo y con modificación de algunos detalles, también con seudónimo para la mujer con quien estaba en pareja, a quien llamaré Paulina.

En el entrenamiento que recibió, Mauricio también ha sufrido. Empezó en la escuela, donde vivió abuso de pares, lo que en inglés se llama bullying, porque jugaba mal al fútbol, porque en los recreos se quedaba leyendo o jugando

ajedrez que le encantaba, porque era delgado y porque no sabía pelear. Las agresiones físicas venían bajo la excusa del juego masculino y de la insensibilidad del cuerpo del varón. A los trece o catorce algo cambió. Se metió a box, empezó a cultivar su físico, y quienes antes lo molestaban ahora lo acercaban a sus grupos.

En esos grupos el tema recurrente eran las mujeres y cómo obtener de ellas sexo. Las mujeres como trofeos. Mauricio nunca tuvo participación activa en redes ni en podcasts de la machósfera digital, pero esa era su machósfera cotidiana, escolar, amistosa, corporal. Todos los hombres tenemos nuestra machósfera. El lugar de entrenamiento donde se habla de estrategias para llevarlas a la cama y donde nunca se habla de consentimiento, el de las mujeres tratadas como objetos, y el propio cuerpo masculino tratado como una máquina que tiene que funcionar en lugar de como un cuerpo sensible, vulnerable, que también necesita ser escuchado y respetado porque también duele, siente miedo, dudas y muchas veces no tiene deseo.

Mauricio llega a terapia porque terminó con Paulina, su pareja, después de gritarle, humillarla y descalificarla cuando ella le dijo que no quería tener sexo, que no tenía ganas. Para Mauricio, ese rechazo era señal de deshonor, era amenaza, ponía en riesgo su masculinidad y el lugar social que había encontrado. El abuso, traducido en gritos, humillaciones y descalificaciones, era la forma en que él había aprendido a «darse a respetar».

Le pregunto qué significa para él el rechazo de Paulina. Más amplio, qué historia tiene él con el rechazo cuando se trata de sexo o de mujeres. Se pone a la defensiva. «Ella es mi pareja, no tiene por qué rechazarme, su obligación es estar conmigo, y yo soy tierno con ella, le regalo flores, la llevo a pasear, le compro cosas.» Asumiendo mi incomodidad, le pregunto, torpemente, si esas son cosas que ella le pide o son iniciativas suyas. «A todas las mujeres les gusta esto, pero además ella se pone muy contenta cuando yo lo hago, me abraza, me besa, pero después no quiere tener sexo conmigo, y eso me martiriza, me siento rechazado, poca cosa, humillado. Es que a las mujeres les gusta hacer eso para tener el control, calientan la sopa y no se la toman.»

Hasta ese momento yo estaba haciendo todos mis esfuerzos por contener mi molestia. Como terapeuta uno tiene que trabajar también con sus propios afectos políticos, con la rabia que produce escuchar a un hombre hablar así. No es una distracción del trabajo, es parte del trabajo, es de hecho una habilidad imprescindible. Trabajar desde el propio dolor sin ser cómplice y sin ser punitivo es una posición ética que hay que sostener desde todos lados.

Le pregunto a Mauricio cómo llega a la idea de que cuando alguien rechaza a otra persona en lo sexual, eso significa que la persona rechazada es indigna o pierde valor. «¿A qué te refieres?» Le digo que estaba pensando en lo difícil que debe ser vivir bajo la idea de que su valor como persona depende del sí de otras, qué tipo de trampa es esa que lo tiene pensando que el rechazo habla más de él que del consentimiento. «¿A qué te refieres con consentimiento?» Le pregunto dónde queda el derecho de ella a consentir, a decir que sí o que no, si él entiende el rechazo de Paulina como un agravio a su persona y si el valor de los hombres depende entonces de lograr un sí, aunque sea a la fuerza.

Tengo claro que esa no es mi mejor conversación terapéutica. Pero Mauricio se quedó en silencio y después me contó otra historia. «No sé por qué se me vino a la mente la clase de boxeo. Estuve cinco años yendo, pero lo que no te conté es que no me gustaba. Lo hacía para agradar, para defenderme, para calzar, para que me respetaran. Mi mamá sabía esto, ella me decía 'no tienes que hacer nada que no quieras, hijo'. Y eso me daba un alivio. Tenía que ver con poder ser querido, ser valioso, pertenecer sin tener que hacer tanto esfuerzo. Esfuerzos obligados, esfuerzos para demostrar. Por dentro tenía pena y me sentía mal.»

Le pregunto si me está contando una experiencia de consentimiento, una en la que él vivió con su mamá la sensación de que tenía derecho a decir que sí, pero también a decir que no. «Puede ser.» Cinco minutos antes de cerrar le pregunto algo que siempre hago, cómo había estado la conversación hasta ahí, y junto con eso, por qué me cuenta esta historia, qué relación tiene con lo que me había contado de sus agresiones a Paulina. «Me ha llevado a lugares que estaban escondidos. Es la primera vez que digo en voz alta que no quería hacer

box y yo me autoconvencí de que sí. Mi mamá lograba ver algo en mis ojos. Y pienso, no sé por qué, pero tengo esta sensación de dolor de estómago, como de haberla cagado con Paulina, de haber sido injusto, pero todavía no entiendo bien esto, porque me confunde.»

A la semana siguiente Mauricio llega y me cuenta que le había escrito un WhatsApp largo a Paulina, contándole la historia del box. Le escribió textual, «te grité porque no quisiste tener sexo conmigo, pero en estos días he estado pensando que parece que no entiendo nada del sexo, porque incluso algunas veces que quise estar contigo, y que yo sé que forcé las cosas, ni siquiera yo tenía ganas, pero ni siquiera fui capaz de escuchar eso en mí mismo».

La semana después Mauricio llegó conmovido. Paulina le había respondido. Le agradecía el mensaje, le decía que era inesperado y que la hacía sentirse escuchada e importante. No para volver, no como reconciliación, pero sí, en sus palabras, para su corazón. Y agregó algo que para Mauricio fue muy importante, «te juro que nunca me sentí obligada a tener sexo contigo, siempre dije que no cuando no quería».

Mauricio me lo cuenta emocionado y con cautela, sin tono de éxito. Y me confiesa, «yo creo que sí forcé cosas algunas veces, pero creo que lo hice de formas tan sutiles, tan difíciles de ver, que probablemente ella no se dio cuenta. Y eso me duele, porque no quiero ser ese hombre». Esto me pareció poderoso. La respuesta de Paulina no cancelaba la responsabilidad de Mauricio. Paulina podía no haberse sentido obligada y Mauricio podía igualmente reconocer formas sutiles de presión e insistencia. Mauricio podía empezar a ver cómo había confundido ternura, regalos y cuidado con derecho de acceso al cuerpo de Paulina. Esta historia es más larga, caótica, compleja, muy imperfecta, como son casi siempre los procesos terapéuticos. Pero yo tenía la certeza de que Mauricio estaba en otro lugar, estaba doliendo por asuntos que antes le enojaban, estaba cuestionando.

Paulina aparece acá solo a través de lo que Mauricio cuenta y del mensaje que él quiso mostrarme; su historia no es esta y no me corresponde contarla.

Con Mauricio estamos diseñando garantías de no repetición. Es un proceso largo. La masculinidad se cuela por todos lados y yo trabajo con la duda permanente de si mis invitaciones a pararse en otras éticas relacionales, el consentimiento, el cuidado y la ternura, están siendo invitaciones irresistibles o si todavía pesan menos que el entrenamiento patriarcal que él ha recibido. Este proyecto es de por vida.

Quiero volver brevemente a algunas ideas que me orientaron en esta conversación. La primera es que la masculinidad es una ficción política, no una ontología. Si yo hubiese entendido a Mauricio ontológicamente, habría dicho cosas como «los hombres son así», «esta es la energía masculina», «es el arquetipo masculino», «es psicópata, narcisista», o «no tiene control de impulsos». Desde ahí mis preguntas habrían sido completamente distintas. Leerlo como ficción política, como construcción del patriarcado vinculada a la soberanía del varón sobre el cuerpo de su mujer y de sus hijos, me hizo indagar en otros territorios. Cómo había sido reclutado, cómo había sido entrenado a ser ese hombre que estaba sentado frente a mí.

La segunda. Preciado nos enseña a leer el cuerpo como somateca, archivo político vivo donde se inscriben tecnologías de género, poder, deseo, vergüenza, masculinidad, violencia, y también, importante, posibilidad de fuga. En Mauricio, la inscripción más operante era la dueñidad, traducción que prefiero, siguiendo a Rita Segato (2018, p. 46), de lo que en inglés se nombra como entitlement. La pretensión de dominio sobre cuerpos, territorios, bienes y vidas. El cuerpo de Paulina como objeto que le pertenece. Esa dueñidad no es una emoción individual de Mauricio. Es una tecnología de género que produce el cuerpo de la otra como propiedad. La agencia de Mauricio no desaparece, aparece secuestrada, entrenada y puesta a trabajar al servicio del proyecto patriarcal. Esto, lejos de eximirlo de responsabilidad, lo invita a tomar las riendas de su vida desde otros lugares.

Y la tercera, que para mí es parte de la invención de contraficciones masculinas, es la invitación a Mauricio a pararse en la ética del consentimiento. Que el consentimiento sea brújula, territorio, fundamento para comprender las

relaciones con consideraciones de poder. No sería una nueva masculinidad. Es algo distinto. Una desidentificación crítica con los fundamentos de la masculinidad.

Entrar en la historia de sufrimiento patriarcal de Mauricio no tenía la intención de hacer equivalencia de dolores ni menos de priorizar el doler de Mauricio. Entrar en esa historia me permitía ofrecer un territorio crítico para que Mauricio pudiera resonar y mirar a la otra persona, desafiando el entrenamiento de mirarse solo a él. Aquí vuelve la enseñanza de Alan Jenkins que nombré en la imaginación terapéutica: no podemos pedirle a un hombre que haga con otras personas algo que primero no hacemos con él. Jenkins lo formula así: «esperamos que el hombre actúe de manera responsable y respetuosa, pero no estamos dispuestos a ofrecerle la misma cortesía. En este contexto, es más probable que escale historias irresponsables de culpa»⁸ (Jenkins, 2009; traducción propia). Y Rob Hall (s.f.) nos recuerda que este trabajo existe porque durante demasiado tiempo «las mujeres que vivían el abuso quedaban cargando con el peso por toda la familia»⁹ (Hall, s.f., p. 1; traducción propia). Trabajar con hombres que ejercen abuso busca devolver esa responsabilidad a quienes la han desplazado.

El patriarcado hace eso, recluta sufrimientos reales, vergüenzas reales y deseos reales de pertenencia y valor para convertirlos en tecnologías de dominio sobre mujeres y disidencias, volviendo a los hombres soldados expertos del control, la vigilancia y el castigo de otros cuerpos y del propio. La terapia, entonces, busca crear procesos de deserción de la masculinidad que permitan a los hombres dejar de abusar.

La incomodidad como logro político

En el trabajo con quienes ejercen abuso aparece algo que no suele abordarse en la formación de terapeutas. Tiene que ver con las formas de responder cuando quien está al frente de una produce incomodidad.

La primera idea es entender la incomodidad como un logro que tiene un propósito político. En un contexto en que las personas van para ser ayudadas,

como el contexto terapéutico o de psicoterapia, no es menor ni inocuo que la respuesta de quien va a recibir ayuda, especialmente en las primeras sesiones, se vuelva una práctica de producción de incomodidad. Tampoco pareciera ser algo aleatorio. Más bien, podría hablar de un propósito político.

¿Por qué querría alguien que va a un contexto en el que supuestamente le van a ayudar a estar mejor, o a tener mejores relaciones con las personas que quiere y consigo misma, incomodar justamente a la persona que le está ayudando?

Incomodar, en realidad, es lejos lo más fácil. Aturdir a alguien con comentarios, hacerle ver a una mujer que la estuvo mirando y que sabe el color de sus zapatos, pese a que están conversando y hay un mueble que se los tapa, es decirle que la estuvo observando. O hacerle notar que se sonrojó por algo. O hacer comentarios íntimos, derechamente agresivos o transgresores, inapropiados para un contexto como el de terapia. O decirle a alguien que conoce muy bien el modelo de su trabajo, o que también es profesional, o que ya ha pasado por todos lados, y que no confía en una. Muchas veces, en todo caso, estas prácticas son más sutiles que este último ejemplo.

Todo esto habla menos de una incapacidad nuestra para sostener el control o para marcar límites, y habla más bien de un contexto que le ha enseñado a esta persona que este espacio, en lugar de ser un espacio de colaboración, de ayuda, de salud, de contribución, en que se va a honrar su dignidad, es un lugar de amenaza. Un lugar en el que probablemente se le va a culpar, avergonzar, patologizar, cuestionar, minimizar o simplificar su experiencia.

Que esta persona logre incomodarnos habla, primero, de nuestra capacidad para salirnos de las prácticas establecidas de control que han promovido y creado esta sensación de amenaza, o más bien esta identificación de amenaza que las personas han ido conociendo en estos espacios. No habla necesariamente de que no sepamos poner límites. Habla de que nuestro rol no es estar a la defensiva, poniendo límites en base a una representación de las personas como seres peligrosos, enfermos, locos o locas.

Dicho sea de paso, esto no quiere decir que no haya ocasiones en las que efectivamente una persona pueda ser peligrosa. Hombres que ejercen abuso, por ejemplo, pueden llegar a cuestionar el espacio que nosotros les vamos a ofrecer, no solamente por sus experiencias pasadas, sino también porque pueden tener la conciencia de que lo que han hecho es grave y de que este contexto no va a ser condescendiente con ellos. En esos términos, los vamos a invitar a tomar responsabilidad, a avergonzarse éticamente por lo que hicieron y a tomar acción para enmendar, restaurar, rendir cuentas y construir garantías de no repetición.

Entonces, estas también son prácticas políticas que intentan tomar el control de la situación. Y nuestra incomodidad, nuestro aturdimiento frente a estas prácticas, es un logro político que no es inocuo.

La pregunta ahí sería ¿a qué contribuye el aturdimiento? ¿En qué contribuye nuestro aturdimiento a la vida de estas personas? ¿Por qué estas personas pensarían que estamos mejor aturdidas o aturridos que lúcidos en nuestra práctica?

Colaboración, no control

Pienso en que nuestro horizonte es la colaboración, no el control. Por lo tanto, no vamos a entrar en luchas de control, en el sentido de que yo tenga que tener el control por sobre la otra persona, sino en la búsqueda de respuestas que permitan a esta persona darse cuenta de que no tiene que transgredir la colaboración, ni transgredirme a mí, porque yo no estoy buscando tener el control, ni violentarlo, ni acusarlo, ni maltratarlo, sino colaborar.

Entonces la pregunta es cómo responder desde el aturdimiento, cuando ya llegamos a ese punto, cuando la persona logró llevarnos ahí desde sus prácticas de defensa. ¿Cómo responder desde el aturdimiento invitando a la colaboración?

Y pienso que hay prácticas sutiles que podemos hacer. Se sostienen, primordialmente, en la idea de que nada de lo que esta persona haga es contra nosotras personalmente, sino contra lo que representamos para ella en

términos sociales, institucionales y políticos. Y esa representación nos excede, precisamente porque probablemente representamos prácticas con las que no estamos de acuerdo, pero que, aun así, forman parte de la institución de la que somos parte. Aunque no las hagamos, las representamos.

Pero nosotras queremos encontrar colaboración.

Entonces, una pregunta posible, en medio del rubor, de los nervios, del aturdimiento o de cualquier lugar al que la persona nos haya llevado, podría ser algo así: «¿Qué tengo que entender de todo esto que usted me muestra? De que me mire, de que sepa el color de mis zapatos, o de que usted sea detallista. De que yo sepa que usted tiene el control de las situaciones en general, o de que desconfía de quienes hacemos terapia. O de que me parezca a las personas que usted ha atacado. O de que usted ha estudiado la terapia que yo hago y la conoce muy bien. O de la idea de que yo no puedo saber ciertas cosas porque no tengo hijos.»

«Esto que usted me está mostrando de usted, ¿qué esperanza tiene en relación con lo que tenemos que hacer acá, en este contexto de terapia, en el que yo necesito colaborar con usted para que su vida y sus relaciones sean mejores?»

«¿Hay alguna esperanza en presentarse de este modo? ¿Hay algo que para usted sea importante que yo conozca de esto? ¿Hay algo que yo tenga que saber de cómo usted ha sido tratado antes en esta institución, por ejemplo? Quizás no con el respeto que usted se merece o que las personas se merecen. O quizás ha sido mirado con desconfianza, y eso no contribuye.»

«¿Cómo me ayuda usted a saber cómo esto que me está presentando de usted puede contribuir a que su vida y sus relaciones sean mejores? ¿O a comprender cómo se está sintiendo usted consigo mismo, o por lo que esté aquí conversando conmigo, o por las consecuencias de acciones que usted ha tenido con personas que quiere y a las que les ha hecho daño?»

«¿Cómo esto contribuye? Se lo pregunto genuinamente, porque este es mi trabajo. Mi trabajo es buscar formas de colaborar con la gente para que las

personas se sientan mejor consigo mismas y en sus relaciones, y para que no se pongan en riesgo a sí mismas ni a otras personas.»

Leer la presentación como relato político

Estas preguntas buscan entender que las personas se están presentando ante nosotras y que, por algún motivo, eligen y seleccionan ciertos eventos, los unen a través del tiempo, o nos muestran en el presente ciertas habilidades ligadas a una historia que quieren presentar acerca de sí mismas.

Y la curiosidad entonces sería esta. ¿Por qué se está presentando desde un lugar que desafía la colaboración en lugar de potenciarla, si se supone que este es un lugar de colaboración? ¿Hablará esto de que la persona no tiene la certeza que tengo yo de que voy a colaborar con su vida? ¿Hablará esto de que la persona ha tenido experiencias que no son de colaboración y que podría ser importante conversar acerca de eso, para ver cómo puedo yo dar garantías de colaboración y cuidado?

Hay una forma de presentarse que aparece a veces en el trabajo con hombres que han ejercido abuso, y es la del hombre que llega a la conversación como si el agraviado fuera él, sube el tono, abre los ojos inmensos, se pone categórico, y cuenta lo que ocurrió con una sonoridad de no me entienden, yo lo intento pero ella me exige demasiado, el tema acá es la explotación que vivo yo en esta casa. Es la inversión victimizante de la que hablé antes, ahora encarnada en la sala, en la manera misma en que se sienta a contar quién es el que sufre.

Esa intensidad no la entendería como un signo que revela algo de su interior, porque leer el tono, el volumen y la fuerza como síntomas de una estructura sería volver a la posición del experto que interpreta el cuerpo de la persona, esa misma operación que vengo cuestionando en todo el libro. La entendería como una acción que hace algo acá, subir el tono y ocupar el espacio sonoro y volverse autoritario es en sí mismo un acto de control, una demostración que ocurre en vivo. Y a la vez como el testimonio de un saber,

porque si necesita tanta fuerza para sostener su relato, algo sabe de que eso no estuvo bien, ni para ella ni para nadie.

Esta forma de presentarse no aparece siempre del mismo modo, hay hombres que suben el volumen y se vuelven categóricos y autoritarios, y hay otros que lo bajan y se representan frágiles, desarmados, a punto del quiebre, más cerca de querer liberarse de la condena que de imponerse. La tentación acá sería ordenar estas formas en tipos, hacer una tabla de perfiles que permita reconocerlos de antemano, y esa tentación hay que resistirla, porque endurecer las presentaciones en tipologías es entregar un manual de detección, que es justo la lógica del experto que clasifica cuerpos y que esta terapia no quiere practicar. Tampoco ocurre solo en parejas heterosexuales ni solo entre hombres y mujeres, aparece en muchos contextos relacionales, y el ejemplo es apenas una ilustración.

Hay una pregunta que ayuda a verlo, y es por dónde sí y por dónde no aparece esa intensidad. Ese mismo hombre que se desborda conmigo, o que se desborda con su pareja, no se desbordaría de la misma forma frente a su jefe, ni en una reunión donde quedar mal le costara el trabajo, ni ante alguien que tuviera claramente más poder que él. La elige. La despliega en los lugares donde calcula que puede, donde el costo es bajo y donde todavía espera salir ganando, y la guarda donde podría salirle caro. Y esa selectividad es la que muestra que no estamos frente a algo que simplemente le pasa, sino frente a algo que hace, porque lo que de verdad se nos escapa de las manos no elige el lugar ni la persona ante la cual ocurrir. Esto no quiere decir que el hombre tenga siempre claras cuáles fueron sus acciones abusivas, muchas veces no las tiene, puede haber golpeado la mesa sin saber que ese golpe produjo parálisis y miedo, y representarse a sí mismo ejerciendo su derecho a expresar la frustración.

Desde la terapia narrativa de la dignidad esto no se confrontaría como si la intensidad fuera el problema a apagar, ni se interpretaría como un rasgo de su carácter o de su estructura, porque ninguna de esas dos salidas lo lleva a hacerse responsable. Al escuchar y atestiguar tanto las expresiones del hombre como las más propias en respuesta a ellas, mi tensión, mi miedo, mi

desagrado, mi rabia, mi confusión, mi sensación de incertidumbre, hago un intento por comprender su expresión como una que hace algo en este contexto, con un sentido, un propósito, una esperanza, aunque no esté declarada, y desde ahí vuelvo a la pregunta por la responsabilidad, la que ya trabajamos al hablar de la grieta ética y de la toma de responsabilidad.

La intensidad sería entonces la grieta por donde entra la conversación sobre la responsabilidad, no el termómetro de su sinceridad, y por eso no iría hacia un tú ejerciste abuso que cerraría todas las puertas, sino hacia una pregunta que use esa misma fuerza como entrada. Algo así como, Ricardo, estaría bien especular que esta forma en que expresas y cuentas lo que ocurrió, con esta energía o fuerza, hablaría de que algo sabes de que no es algo que anduvo bien para nadie, ni para ti ni para ella.

Distinguir estas cosas no es asunto de tener un buen ojo clínico ni de acumular experiencia hasta volverse infalible. Es una obligación ética y política de quienes hacemos terapia ir desarrollando las habilidades de indagación y las sensibilidades políticas que nos permitan hacer las preguntas capaces de abrir posibilidades. No se trata de alcanzar una maestría que nos vuelva inmunes al error, todo lo contrario. La indagación en medio del error, y la rendición de cuentas permanente sobre lo que vamos haciendo, son parte de esas mismas habilidades. Si esperaríamos no equivocarnos nunca para entrar en estas conversaciones, nadie podría hacer este trabajo que tanto importa.

La victimización del transgresor, ese yo ya pagué que aparece más adelante, vive de esta misma operación, y por eso la reconozco temprano, en la forma misma en que el hombre entra y se sienta a contar quién es el que sufre. Pero ese yo ya pagué merece detenerse por sí solo, porque su fracaso no viene solo de la inversión, sino de una promesa que el castigo nunca cumple, y a eso llego en las próximas páginas.